

CONVERSIÓN ECOLÓGICA Y EXPERIENCIA DE DIOS

Análisis teológico y pastoral de la encíclica
“*Laudato si*”

*Juan Pablo García Maestro*¹

El teólogo Jürgen Moltmann ha afirmado en una obra reciente que necesitamos elaborar una nueva forma de comprender la naturaleza, así como una nueva concepción del ser humano para que *pueda surgir una nueva forma de tener la experiencia de Dios en nuestra cultura*. En este sentido, una nueva teología ecológica puede sernos de enorme ayuda. ¿Por qué precisamente la teología? Porque tanto la relación de la modernidad con la naturaleza como su concepción del ser humano vienen determinadas por la teología, como se reveló cuando el ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios, comenzó a ejercer su dominio sobre la creación, dando lugar a una comprensión de Dios disociada de la comprensión del mundo, a una percepción del mundo disociada de Dios y, finalmente, al concepto mecanicista de la Tierra y de los demás seres vivos, los cuales deberían ser sojuzgados por el género humano².

En nuestra reflexión queremos reivindicar la centralidad de la experiencia de Dios en la teología y en la humanidad. Para ello,

1 Religioso de la Orden de la Santísima Trinidad, es profesor de Teología Fundamental y Eclesiología en el Instituto Superior de Pastoral de Madrid y de Teología y catequesis en el Instituto Superior “San Pío X”. Es vicario parroquial de la Parroquia de San Juan Bautista de la Concepción en el barrio de Aluche (Madrid)

2 J. MOLTMANN-L. BÖFF, *¿Hay esperanza para la creación amenazada?*, Sal Terrae, Santander 2015, 24.

necesitamos una nueva visión de la persona humana y una nueva mirada hacia todo el cosmos. Con este fin, hemos dividido este trabajo en tres apartados. En el primer apartado, queremos llamar la atención sobre cómo para los hombres de hoy lo esencial es la funcionalidad de las cosas. La pregunta esencial es el para qué de las cosas, y no tanto el sentido del ser de todo lo que nos rodea. La pregunta por la contingencia del mundo sigue sin ser respondida. La Teología afirma que el mundo y sus distintas órdenes son como un eco de las palabras creadoras de Dios. Nuestra humanidad se revela hoy en la medida en que dejemos de ser “dioses orgullosos e infelices” y nos convirtamos en personas que reconocen su dependencia respecto a las criaturas y respecto a la Tierra. Estamos llamados a custodiar, cuidar y preservar la Creación.

En el segundo apartado, analizamos la propuesta del papa Francisco ante el desafío del cuidado de la casa común en su primera encíclica “*Laudato si'*”. El motivo de haber escrito esta encíclica es porque nada de este mundo nos resulta indiferente. Consciente de la crisis ecológica planetaria, exhorta a desarrollar un nuevo paradigma de comprensión de la relación entre la especie humana y la naturaleza.

Finalmente, creemos que la Teología Pastoral debe impulsar a toda la acción eclesial hacia una conversión ecológica, pero pasando por una conversión pastoral en la que todas las acciones pastorales incluyan un compromiso en favor no sólo de los más pobres, sino también de las pobres criaturas oprimidas que también esperan la plena liberación.

¿QUÉ IMAGEN DEL SER HUMANO ESTAMOS CONSTRUYENDO?

Antes de que comenzáramos a conservar y cultivar la Tierra, antes incluso de que adoptáramos cualquier forma de dominio sobre la Tierra o hubiéramos asumido cualquier corresponsabilidad en relación a la creación, la Tierra ya cuidaba de nosotros. Ella ha creado, hasta el día de hoy, las condiciones ideales para la preser-

vacación de la vida de todos los seres humanos. En realidad, no es la Tierra la que nos fue confiada, sino que somos nosotros los que fuimos confiados a los cuidados de la Tierra. Por eso, toda concepción realista del ser humano debe comenzar por una actitud de agradecimiento a la Tierra³. Pero es precisamente eso lo que la antropología de la Era Moderna ha reprimido desde hace cuatrocientos años, como podemos comprobar por la forma moderna de interpretar los textos bíblicos de la Creación, pues tales textos están arraigados en el inconsciente del hombre moderno occidental.

Según la forma moderna de leer la Biblia, el ser humano es “la corona de la creación”. Únicamente el ser humano fue creado como imagen de Dios y con vocación de gobernar sobre la Tierra y sobre todos los demás seres humanos: “*sometedla; dominad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre todos los animales que se mueven sobre la Tierra*” (Gn 1, 28).

Consiguientemente, el ser humano debería someter la Tierra a las demás criaturas como un Faraón.

En el segundo relato de la Creación, sin embargo, el ser humano debía más bien **cuidar** y **preservar** como un jardinero el jardín del Edén, que es algo que denota amenidad y solicitud. En ambos relatos de la Creación, el ser humano es descrito como el sujeto, mientras que la Tierra, junto con todos sus habitantes, es mostrada como objeto.

En la época del Renacimiento este modelo de ser humano pasó a ocupar el centro del mundo, como quedó de manifiesto en el clásico libro de 1486 de Pico della Mirandola, *Sobre la dignidad del hombre*⁴. También para él, el hombre es “dentro del orden universal, el más envidiable de los seres, no solo en comparación con los animales, sino también con las estrellas e incluso comparado con las inteligencias trascendentales (los ángeles)”.

3 Ibid., 25.

4 P. DELLA MIRANDOLA, *Discurso sobre la Dignidad del hombre*, PPU, SA, Barcelona 2002.

Este centro del mundo no es tan solo el centro de la Tierra, sino también el punto medio entre la Tierra y el cielo. A imagen y semejanza del Creador, este hijo del Renacimiento es un creador de sí mismo. El mundo está subordinado a la fuerza legal de la necesidad, pero el ser humano es señor de sí mismo y se convierte a sí mismo en medida de todas las cosas. Se hace creador de sí mismo y señor de su propio mundo.

En 1692, el filósofo francés René Descartes dio un paso adelante con su libro *Discurso del método*. En su opinión, el ser humano se haría “señor y propietario de la creación” por medio de la ciencia y de la técnica.

Sin embargo, desde los relatos bíblicos de la Creación, el ser humano pasa a ser visto como el último de los seres creados y, por tanto, el más dependiente de todos. El género humano para preservar su vida sobre la Tierra depende de la existencia de los animales, las plantas, el aire. etc... Sin estos elementos no puede sobrevivir⁵.

Las modernas ciencias de la naturaleza están relacionadas únicamente con las cuestiones relativas al cómo, más orientadas a responder a preguntas del tipo *¿cómo funciona tal cosa?* que a la pregunta por la razón y el sentido de dicha cosa. Es decir, no responde a la primera de las preguntas de la metafísica, a saber: “¿Por qué existe algo y no la nada?”. La pregunta por la contingencia del mundo sigue sin ser respondida. La teología le da respuesta con la idea de que el mundo fue creado por la voluntad libre de Dios, que no tenía necesidad alguna de crear el universo. Pero a Dios le agradó la idea de llamar a la existencia a una realidad diferente de sí mismo, que no fuese divina pero que le correspondiese. El mundo y sus distintos órdenes son como un eco de la palabra creadora de Dios.

5 P. CASTELAO, “La cuestión ecológica y la teología de la creación”, en: E. SANZ GIMÉNEZ-RICO (ed.), *Cuidar de la Tierra, cuidar de los pobres. Laudato si desde la teología y con la ciencia*, Sal Terrae, Santander 2015, 67-85.

Sin embargo, existe una profunda comprensión ecológica de la Creación: el Creador no es ajeno a su Creación, sino que está internamente ligado a ella. La Creación está en Dios, y Dios en la Creación. De acuerdo con la doctrina cristiana, el acto creador es un proceso trinitario: Dios Padre crea al mundo por medio de su Palabra eterna con el poder del Espíritu Santo.

Concluyo este apartado con un antiguo y, ¿por qué no decirlo?, malintencionado chiste. Dice que se encuentran dos planetas en el espacio, y uno de ellos le pregunta a otro: ¿Qué tal te va? A lo que el otro responde: Fatal. Estoy enfermo: sufro de *homo sapiens*. Y el primero le dice: “¡Cuánto lo siento...! Es realmente lamentable. Pero no te preocupes: *eso se pasará*”.

Esta es, en realidad la perspectiva planetaria de la humanidad. Esa enfermedad pasará, bien porque el ser humano acabará destruyéndose a sí mismo, o bien porque los humanos recobramos la cordura y sanaremos las heridas que estamos causando al Planeta Tierra.

¿Quiénes somos nosotros? Simplemente, “¡polvo de la tierra!” (Gn 2, 7). Antes de cuidar de ella y cultivarla, hemos de tener conciencia de que “*de la tierra fuiste tomado, y a ella habrás de retornar*”. El ser humano es, en su peculiaridad y con su destino, una parte de la naturaleza. Por tanto, no es propia de nosotros la locura de creer que tenemos poder sobre todas las cosas. En vez de ello, debemos cultivar una humildad cósmica. Nuestra humanidad se revela hoy en la medida en que dejemos de ser “dioses orgullosos e infelices” (Martin Lutero) y nos convirtamos en personas que reconocen su dependencia respecto de las otras criaturas y respecto de la Tierra, aceptando nuestra vulnerabilidad en relación con la mortalidad y dejándonos integrar en la comunidad de la creación. No es necesario hacerlo todo. Podemos retraernos y permitir que la naturaleza ocupe su espacio y crezca⁶.

6 J. MOLTMANN- L. BOFF, *¿Hay esperanza para la creación amenazada?*, o.c., 59.

LA PROPUESTA DEL PAPA FRANCISCO ANTE EL DESAFÍO DEL CUIDADO DE LA CREACIÓN

Existe una razón muy clara y profunda del por qué Francisco ha escrito esta encíclica sobre el medio ambiente: “*Nada de este mundo nos resulta indiferente*” (cfr. LS 3-6).

En íntima coherencia con el magisterio de papa san Juan Pablo II y de Benedicto XVI, el papa Francisco ahonda en la responsabilidad ecológica que emana de la noción cristiana de creación y del ser humano concebido como una criatura hecha a imagen y semejanza de Dios.

Consciente de la crisis ecológica planetaria, el papa Bergoglio exhorta a desarrollar un nuevo paradigma de comprensión de la relación entre la especie humana y la naturaleza. Partiendo de la categoría bíblica de la creación, concibe el mundo como un don de Dios, orgánico y frágil, que debe ser amado, respetado y regulado según la misma ley de Dios.

Antes de publicar la encíclica *Laudato sí* (LS), el papa Francisco ha hecho alusiones al tema del cuidado de la casa común. En la misa de imposición del palio y entrega del anillo del pescador, se refirió ya al valor de la creación como don, como casa común, como un bien que debe ser custodiado por el ser humano.

Tras las huellas de san Francisco de Asís

En plena sintonía con el nombre del santo elegido, Francisco de Asís, el obispo de Roma elabora un pensamiento sobre la naturaleza a partir de la idea de fraternidad cósmica o universal, “*Laudato si, mi Signore-, cantaba san Francisco de Asís. En ese hermoso cántico nos recordaba que nuestra casa común es también como una hermana, con la cual compartimos la existencia, y como una madre bella que nos acoge entre sus brazos: <<Alabado seas, mi*

7 Papa Francisco, Carta Encíclica *Laudato si. Sobre el cuidado de la casa común*, Ed. San Pablo, Madrid 2015.

Señor, por la hermana nuestra madre tierra, la cual nos sustenta, y gobierna y produce diversos frutos con coloridas flores y hierba>>” (LS 1).

La creación no es patrimonio humano, es una realidad sacra que transparenta el misterio de Dios. Dios habla a través de cada una de las criaturas y en cada una de ellas hay un rastro de la eternidad de Dios. En la homilía del 19 de marzo de 2013, el día de la solemnidad de San José, el papa Francisco subrayaba la responsabilidad global de todos los seres humanos en el custodio de la creación. Afirmaba el Pontífice:

“La vocación de custodiar no solo nos atañe a nosotros, los cristianos, sino que tiene una dimensión que antecede y que es simplemente humana, corresponde a todos. Es custodiar toda la creación, la belleza de la creación, como se nos dice en el libro del Génesis y como nos muestra san Francisco de Asís: es tener respeto por todas las criaturas de Dios y por el entorno en el que vivimos. Es custodiar a la gente, el preocuparse por todos, por cada uno, con amor, especialmente por los niños, los ancianos, quienes son más frágiles y que a menudo se quedan en la periferia de nuestro corazón. Es preocuparse uno del otro en la familia: los cónyuges se guardan recíprocamente y luego, como padres, cuidan de los hijos, y con el tiempo, también los hijos se convertirán en cuidadores de sus padres. Es vivir con sinceridad las amistades, que es un recíproco protegerse en la confianza, en el respeto y en el bien. En el fondo, todo está confiado a la custodia del hombre, y es una responsabilidad que nos afecta a todos. Sed custodios de los dones de Dios”⁸.

Toda persona está llamada a ejercer de jardinero de la creación, a custodiar todas las criaturas que hay en ella, también a sus hermanos más frágiles, a los niños y a los ancianos. Esta custodia exige

⁸ Homilía del papa Francisco el día de la solemnidad de san José (19 de marzo de 2013).

limitación a la hora de intervenir en ella y de explotarla industrialmente. El Papa entiende que la desacralización de la naturaleza y la reducción de la creación a pura reserva energética constituyen la raíz y la principal razón de su explotación indiscriminada.

Afirma el papa Francisco:

“Cuando el hombre falla en esta responsabilidad, cuando no nos preocupamos por la creación y por los hermanos, entonces gana terreno la destrucción y el corazón se queda árido. Por desgracia, en todas las épocas de la historia existen “Herodes” que traman planes de muerte, destruyen y desfiguran el rostro del hombre y de la mujer”⁹.

El papa Benedicto XVI también nos propuso reconocer que el ambiente natural está lleno de heridas producidas por nuestro comportamiento irresponsable. También el ambiente social tiene sus heridas. Pero todas ellas se deben en el fondo al mismo mal, es decir, a la idea de que no existen verdades indiscutibles que guíen nuestras vidas, por lo cual la libertad humana no tiene límites. Se olvida que el hombre no es solamente una libertad que él se crea por sí solo. El hombre no se crea a sí mismo. Es espíritu y voluntad, pero también naturaleza (...) El derroche de la creación comienza donde no reconocemos ya ninguna instancia por encima de nosotros, sino que sólo nos vemos a nosotros mismos¹⁰.

Como hemos recordado anteriormente, la fuente de inspiración de la ética de la creación del Papa Francisco es el santo de Asís, san Francisco, el patrón de los ecologistas. En sus discursos se refiere a él como fuente de inspiración y arquetipo a imitar.

En el viaje que realizó a Asís, dijo:

⁹ *Ibíd.*

¹⁰ Citado en *Laudato si* 6.

“El santo de Asís da testimonio del respeto hacia todo lo que Dios ha creado y como Él lo ha creado, sin experimentar con la creación para destruirla; ayudarla a crecer, a ser más hermosa y más parecida a lo que Dios ha creado. Y sobre todo san Francisco es testigo del respeto por todo, de que el hombre está llamado a custodiar al hombre, de que el hombre está en el centro de la creación, en el puesto en el que Dios – el Creador- lo ha querido, sin ser instrumento de los ídolos que nos creamos”¹¹.

Y en la encíclica LS escribe:

“Creo que Francisco es el ejemplo por excelencia del cuidado de lo que es débil y de una ecología integral, vivida con alegría y autenticidad. Es el santo patrono de todos los que estudian y trabajan en torno a la ecología, amado también por muchos que no son cristianos. Él manifestó una atención particular hacia la creación de Dios y hacia los más pobres y abandonados. Era místico y un peregrino que vivía con simplicidad y en una maravillosa armonía con Dios, con los otros, con la naturaleza y consigo mismos. En él se advierte hasta qué punto son inseparables la preocupación por la naturaleza, la justicia con los pobres, el compromiso con la sociedad y la paz interior” (LS 10).

De una economía neoliberal globalizada a una economía ecológica

El pensamiento ecológico del papa Francisco está imbricado con su filosofía económica y social. Entiende que la economía neoliberal globalizada no solo genera injusticias sociales, sino que tiene efectos letales sobre los ecosistemas, es decir, sobre el don de la creación.

Ante esta realidad, el Papa Bergoglio reivindica una **ecología económica**, respetuosa con la dignidad inherente de todo ser humano, pero también con toda forma de vida no humana que existe

¹¹ Homilía del Papa Francisco en Asís (4 de octubre de 2013).

en el planeta. Lo único que cuenta en la economía neoliberal es el beneficio. Y sabemos que los resultados son la destrucción, la aniquilación de los seres humanos, de familias, pero también de los seres naturales (cfr. LS 141).

Ya en la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* nos recordó que hay otros seres indefensos, que muchas veces quedan a merced de los intereses económicos. Haciendo referencia al conjunto de la creación. Los seres humanos no somos meros beneficiarios, sino custodios de las demás criaturas. Por nuestra realidad corpórea, Dios nos ha unido tan estrechamente al mundo que nos rodea, que la desertificación del suelo es como una enfermedad para cada uno, y podemos lamentar la extinción de una especie como si fuera una mutilación (cfr. EG 215).

No dogmatiza sobre cuestiones científicas

Hay quienes desde intereses económicos critican que el Papa Francisco dogmatiza sobre cuestiones científicas. Sin embargo, el texto dice que sobre cuestiones científicas debatidas “la Iglesia no tiene por qué proponer una palabra definitiva y entiende que debe escuchar y promover el debate honesto entre los científicos, respetando la diversidad de opiniones” (LS 61).

Y añade también: Una vez más expreso que la Iglesia no pretende definir las cuestiones científicas ni sustituir a la política, pero invito a un debate honesto y transparente” (LS 188). El respeto de la fe a la razón implica prestar atención a lo que la misma ciencia biológica puede enseñar (LS 132).

Una encíclica que pertenece al Magisterio social

La LS no es solamente una encíclica sobre el medioambiente. Pertenece al “magisterio social” (n. 15) y es un aporte estimulante para un serio debate público sobre la sociedad que nos interesa construir y sobre el tipo de vida que queremos. Vale la pena que

dejemos resonando estas palabras que están escritas para hacernos pensar:

“¿Para qué pasamos por este mundo? ¿para qué vinimos a esta vida? ¿para qué trabajamos y luchamos? ¿para qué nos necesita esta tierra? Por eso, ya no basta decir que debemos preocuparnos por las futuras generaciones. Se requiere advertir que lo que está en juego es nuestra propia dignidad. Somos nosotros los primeros interesados en dejar un planeta habitable para la humanidad que nos sucederá. Es un drama para nosotros mismos, porque esto pone en crisis el sentido del propio paso por esta tierra” (LS 160).

Los síntomas en el medio ambiente nos hablan entonces de un problema ético y espiritual, porque “la degradación ambiental y la degradación humana y ética están íntimamente unidas” (LS 56). El problema es que el cambio en el estilo de vida que se requiere para detener la decadencia se vuelve muy difícil, dado que nos encontramos muy condicionados por el paradigma reinante:

“Muchos saben que el progreso actual y la mera sumatoria de objetos o placeres no bastan para darle sentido y gozo al corazón humano, pero no se sienten capaces de renunciar a lo que el mercado les ofrece. En los países que deberían producir los mayores cambios de hábitos de consumo, los jóvenes tienen una nueva sensibilidad ecológica y un espíritu generoso, y algunos de ellos luchan admirablemente por la defensa del ambiente, pero han crecido en un contexto de altísimo consumo y bienestar que vuelve difícil el desarrollo de otros hábitos. Por eso estamos ante un desafío educativo” (LS 209).

El abandono de los que sufren <<la cultura del descarte>>

Frente a los poderosos están los que no tienen poder, los descartables. En LS vuelven a tener un lugar privilegiado, porque los planteos sobre el ambiente están estrechamente conectados con las reivindicaciones sociales de los pobres y de los países menos desarrollados, de manera que la cuestión ambiental se sitúa en el

marco del reconocimiento del otro. Interesa no solo las relaciones con el ambiente, sino al mismo tiempo las relaciones entre nosotros. Por eso “un verdadero planteo ecológico se convierte siempre en un planteo social, que debe integrar la justicia en las discusiones sobre el ambiente, para escuchar tanto el clamor de la tierra como el clamor de los pobres” (LS 49).

La íntima relación entre las cuestiones ecológicas y sociales aparecen crudamente expresada en este párrafo:

“Seguimos tolerando que unos se consideran más dignos que otros. Dejamos de advertir que algunos se arrastran en una degradante miseria, sin posibilidades reales de superación, mientras otros ni siquiera saben qué hacer con lo que poseen, ostentan vanidosamente una supuesta superioridad y dejan tras de sí un nivel de desperdicio que sería imposible generalizar sin destrozar el planeta. Seguimos admitiendo en la práctica que unos se sientan más humanos que otros, como si hubieran nacido con mayores derechos” (LS 90).

De ahí que la encíclica retome con firmeza la cuestión del destino común de los bienes de este mundo:

“El medio ambiente es un bien colectivo, patrimonio de toda la humanidad y responsabilidad de todos. Quien se apropia algo es solo para administrarlo en bien de todos. Si no lo hacemos, cargamos sobre la conciencia el peso de negar la existencia de los otros” (LS 95).

Algunas propuestas pastorales

Hace unos años le oí decir a un teólogo de raza que la entrada del método inductivo del ver-juzgar-actuar en las comunidades cristianas había causado la devaluación del Evangelio y su conversión en mera sociología, cuyo resultado era el sometimiento de la Palabra de Dios a los condicionamientos socio-culturales, que sólo habían traído serias turbulencias. Aquel teólogo deseaba una fe y una teología resguardada de las inclemencias del espacio y del tiempo,

de espaldas a la historia, a las preguntas y a las dudas; se situaba en contra de la de la corriente teológica que siempre ha querido reflexionar la fe con los ojos abiertos.

Uno de los grandes teólogos del siglo XX, el teólogo helvético, Karl Barth, afirmaba que para su trabajo necesitaba el concurso de dos elementos: la Biblia y el periódico, “lo máximamente fijado y canonizado y lo máximamente efímero y mutable”. Una supuesta centralidad de la Palabra hizo que se abandonara la aportación conciliar del Vaticano II en la constitución pastoral *Gaudium et Spes*, la observación atenta de los signos de los tiempos como revelación (cfr. GS 4, 11). Desde el inicio de su ministerio, el Papa Bergoglio advirtió de los efectos contraproducentes que suponía distanciarse de la realidad para convertir a la Iglesia en un “museo de antigüedades” y en una realidad auto-referencial, que no se deja afectar por los gemidos de la gente y del mundo. Llamó a salir a su encuentro y hacer que el Evangelio asuma el cuerpo real de la historia. La encíclica *LS* ha recuperado el aire conciliar y se ha acercado de lleno a las grandes preocupaciones de una tierra hostil a causa de la actividad humana, ha buceado en la profundidad del misterio del mal que se manifiesta en el interés de los grandes poderes que destruyen las condiciones de vida de los más pobres, ha roto el silencio cómplice que impide, de llegar a acuerdos responsables en las convenciones internacionales y ha practicado su idea de Iglesia como hospital de campaña¹².

Esta apuesta por el método contextual e inductivo, que impregna la encíclica, está llamada a fecundar la fe y la teología, la vida cristiana y la institución eclesial a la escucha de la conciencia colectiva y el apremio de una sociedad más digna y justa que convierta la tierra en la casa común. La fe y la teología se fecundaron por las fi-

12 J. GARCÍA ROCA, “Conversión ecológica y nuevo comienzo”, en *Iglesia Viva* 262 (2015), 101-111. Ver también las aportaciones de A. GARCÍA, “Lo que está pasando a nuestra casa. Diagnóstico de una crisis ecológica sin precedentes”, en: F. GARCÍA CHICA ARELLANO y C. GRANADOS GARCÍA (eds.), *Loado seas, mi Señor. Comentario a la encíclica Laudato si del papa Francisco*, BBC, Madrid 2015, 311-338.

losofías de cada tiempo, hasta construir admirables síntesis filosóficas-teológicas; posteriormente, la teología se abrió a las ciencias sociales y a la antropología cultural y se generó toda la gama de teologías de la liberación. Finalmente, en nuestros días asistimos al encuentro con las ciencias desde la nueva cosmología a la biopolítica, desde la física cuántica a la nueva biología. En LS, el papa Francisco invita e inaugura el diálogo con las ciencias que están construyendo el futuro del planeta. Aquello que científicamente está probado, se asume y se convierte en práctica acreditada como ha proclamado siempre la fe de la Iglesia. Y aquello que no lo está, como es el caso de los transgénicos, invita a asegurar un debate científico y social que sea responsable y amplio” (LS 188), “la ciencia y la religión que aportan diferentes aproximaciones a la realidad, pueden entrar en un diálogo intenso y productivos para ambas” (LS 62)¹³. El mismo diálogo que muchos hubiéramos deseado sobre las políticas de control de la natalidad que merecen una posición más matizadas. La encíclica afirma demasiado rotundamente que el “crecimiento demográfico es plenamente compatible con un desarrollo integral y solidario” (LS 50). Por supuesto que hay que denunciar y combatir, en primer lugar, el consumismo extremo y selectivo de algunos. Pero no se puede ignorar la gravedad de la rápida multiplicación de la población humana y la imposibilidad de que este crecimiento demográfico continúe indefinidamente¹⁴.

Las soluciones no pueden llegar desde un único modo de interpretar y transformar la realidad. También es necesario acudir a las diversas riquezas culturales de los pueblos, el arte y la poesía, a la vida interior y a la espiritualidad (LS 62). Al servicio de esta voluntad, la encíclica LS recupera todos los códigos expresivos y comunicativos que proceden de la filosofía, de la ciencia, de la literatura, de la poesía. Como reconoce el teólogo brasileño Leonardo

13 . LINARES LLAMAS- J. C. ROMERO MORA, “*Laudato si* y la ciencia”, en: E. SANZ GIMÉNEZ-RICO (ed.), *Cuidar de la Tierra, cuidar de los pobres. Laudati si desde la teología y con la ciencia*, Sal Terrae, Santander 2015, 105-123.

14 J. GARCÍA ROCA, “Conversión ecológica y nuevo comienzo”, 107.

Boff, el papa Francisco ha innovado y colocado a la Iglesia en la vanguardia del pensamiento ecológico¹⁵.

Finalmente, desde un análisis más pastoral nos atreveríamos a afirmar que si bien esta encíclica llama a la humanidad y a la Iglesia a una conversión ecológica, quedaría ahora dar el salto a una verdadera conversión pastoral en la sensibilización ecológica de nuestras actividades allí donde queremos hacer presente el Reino de Dios. En primer lugar, en la tarea de la evangelización. Habría que introducir en nuestros programas pastorales un mayor compromiso en el respeto hacia el medioambiente. Que los temas de ecología se introdujeran en la liturgia, la catequesis, en las homilías y en la formación permanente de los sacerdotes y todos los agentes de pastoral.

Es necesario introducir en la **Koinonia**, no sólo la unidad y la comunión con los hermanos de la comunidad, especialmente con los más pobres, sino también una comunión con las pobres criaturas maltratadas, que esperan ser también redimidas al final, pero ya aquí en la historia.

Que la Diakonia, el servicio a los hermanos, pero de manera preferencial a los pobres sea un servicio al cuidado de la naturaleza. Y ello porque el maltrato de la naturaleza perjudica a lo más necesitados. ¿Cuántas personas, pueblos enteros tienen que huir a otros lugares a causa de la desertización de sus países?

Que la Liturgia sea una alabanza a Dios creador de todo el universo, y un momento de reconciliación y perdón hacia los hermanos que hemos ofendido. Hoy debemos reconciliarnos y pedir perdón al resto de la creación por todo el mal que la hemos hecho.

15 L. BOFF, "La Magna Carta de la ecología integral: El grito de la tierra y el grito de los pobres", en: A. ZANOTELLI- G. GIRAUD- G. COSTA y otros, *Cuidar la madre tierra. Comentario a la encíclica Laudato si*, San Pablo, Madrid 2015, 5-18.

CONCLUSIÓN

El papa Francisco reclama en su encíclica una **ecología integral** (ecología ambiental, económica y social; ecología cultural; ecología de la vida cotidiana). Esta ecología integral es inseparable de la noción de bien común (LS 158). Y en el mundo contemporáneo, en el que hay tantas inquietudes y son cada vez las personas descartables, privadas de derechos humanos básicos, esforzarse por el bien común significa tomar decisiones solidarias basadas en una opción preferencial por los pobres (LS 158), con las vertientes tanto intrageneracional como intergeneracional. En la ecología integral es indispensable integrar el valor del trabajo (LS 124); dejar de invertir en las personas para obtener un mayor rédito inmediato es muy mal negocio para la sociedad (LS 128). Para que la libertad económica beneficie a todos no ve el papa otra alternativa que poner límites a quienes tienen mayores recursos y poder financiero (LS 129). Por todo ello, bien podemos concluir que se trata de una encíclica que convoca a la conversión pastoral desde la “eco-justicia” y en la que la cuestión antropológica cobra un lugar principal.